

Trayectorias de vulnerabilidad: Subjetividad y significaciones sociales en tácticas de enfrentamiento de crisis socioeconómicas en familias de la Región Metropolitana

Isidora Iñigo (isidora.antonio.i@gmail.com)

Ana María Ugarte (amuc@u.uchile.cl).

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Chile.

Resumen

Desde comienzos de los 90' los sectores sociales más desfavorecidos pasan de ser considerados “pobres” a “vulnerables”; condición definida por la exposición a ciertos “riesgos” que requieren la generación de mecanismos de “protección social” que den respuestas a la transformación respecto del modelo de desarrollo, y su impacto en la sociedad. En este marco, se reflexiona acerca de los resultados de una investigación¹ que indaga en los procesos de vulnerabilidad y exposición al riesgo en familias urbanas chilenas, desde la comprensión de su dimensión simbólica. Se exploran las ideologías, valores y significados que actúan entre los sujetos y las situaciones de crisis económicas que enfrentan. Se analiza la vivencia y significación del riesgo y la vulnerabilidad; y la relación entre *experiencia de crisis* y subjetivación.

I. Introducción

La fisonomía y dinámica del riesgo en las sociedades latinoamericanas en general y chilena en particular, tiene especificidades que son importantes de analizar al estudiar la vulnerabilidad y las formas en que las subjetividades viven, significan, reaccionan y se construyen frente a dicho contexto. Dichas particularidades devienen, entre otros aspectos, de las persistentes y crecientes desigualdades presentes en nuestras sociedades; de la particular forma de relación entre estado y sociedad; de las reformas neoliberales implementadas desde los años ochenta en la región y de los cambios de gobierno, que han provocado algunas alteraciones en la orientación de las políticas sociales –entre otros aspectos-.

Hablar de riesgo en América Latina y en Chile en particular, es hacer referencia a un estado que ha ido de manera creciente perdiendo su rol protector, impulsado por la implementación de políticas neoliberales. Esto ha traído como consecuencia la persistencia y aumento de la desigualdad en el país, a pesar de la disminución de las cifras de pobreza. Si ampliamos el análisis a dimensiones socioculturales, coincidimos con Garretón (2010) en que las reformas neoliberales resultaron un fracaso para los países y las personas.

En efecto, las reformas y cambios en el nivel estructural, han producido transformaciones importantes en el ámbito objetivo y material de los sujetos, a la vez que en las modalidades y

¹ Esta investigación se realiza a partir de la existencia de, principalmente, dos fondos de investigación: Proyecto FONDECYT Iniciación n° 11090364 “Mediaciones subjetivas en tácticas de enfrentamiento del riesgo, de miembros no jefes de hogar, pertenecientes a familias vulnerables urbanas de la Región Metropolitana”; proyecto DI SOC 08/19-2 “Tácticas y mediaciones subjetivas: enfrentamiento de situaciones de riesgo socioeconómico en familias urbanas vulnerables de los quintiles II y III. Una aproximación desde el discurso de los/as Jefes/as de familia”.

referentes de construcción de identidades colectivas, lo que ha sido reforzado por discursos institucionales –estatales, mercantiles- que ensalzan el esfuerzo y las capacidades individuales en la resolución cotidiana, a mediano y largo plazo de los problemas y desafíos que debemos enfrentar como sociedad que avanza, sin detenerse, frente a las dificultades que se le presentan.

La superación de la pobreza en Chile es objeto de debate tanto conceptual como político desde que esta última se definiera principalmente a partir de su carácter multidimensional, heterogéneo y dinámico, en contraposición a las definiciones económicas centradas en la posición de un hogar respecto a una determinada línea de ingresos. Ello ha ampliado los ámbitos de interés para la comprensión del fenómeno puesto que, si la pobreza consiste en un complejo sistema de necesidades insatisfechas, capacidades no realizadas y derechos vulnerados no resulta suficiente conocer características estructurales de quienes se encuentran en tal situación, sino entre otras cosas, se requiere conocer también las diversas acciones y prácticas con que personas, familias y grupos responden ante situaciones de pobreza y los recursos con que cuentan para manejarlas, evitarlas o superarlas (Moser, 1998).

Cómo disminuir las probabilidades de caer en situación de pobreza y evitar el riesgo, se convierte entonces en una preocupación central para las políticas sociales que se guían por el enfoque de protección social (sugerido por el Banco Mundial y la CEPAL) para explicar la pobreza. En base a dicho enfoque, el sistema de protección social se orienta hacia la movilización de activos de las familias y la vinculación de éstas a redes estructurales de apoyo, retomando así los planteamientos de Kaztman y Filgueira (1999; Busso, 2001) y algunos aspectos del enfoque de manejo social del riesgo, propuesto por Holzmann y Jorgensen (2003), y que constituyen el eje central del presente estudio.

El análisis de la dimensión subjetiva en los estudios sobre pobreza, ha sido ya señalado como un aspecto clave y pendiente. El mejoramiento de los objetivos de vida, el control sobre la propia vida, la capacidad de imaginar el futuro y la interpretación de la propia existencia, se postulan como factores necesarios a la hora de superar pobreza (Raczynski, D., Serrano, C., 2005). Sin embargo, la dimensión subjetiva frecuentemente ha sido considerada como características emocionales o cognitivas en términos individuales, tales como autoestima, fe en sí mismo, capacidad de aspiración o percepciones de la propia situación. Se le ha considerado como un activo más del capital social, en la medida que la reciprocidad y la confianza en las relaciones sociales suponen motivaciones para una solidaridad no forzada (Molyneux, 2002), así como expectativas, creencias, valores con respecto al otro y a las posibilidades de actuar en común (Raczynski, D., Serrano, C., 2005). Además, se ha asociado a la vulnerabilidad como un factor de mantenimiento de dicha situación, de exposición al riesgo y de deterioro de las capacidades para su manejo, debido a la reproducción de tristezas, angustias, sensaciones de abandono, impotencia y desesperanza (Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, 1994; Reca, I., Tijoux, M., 1996).

A diferencia de esto, el presente estudio busca indagar en la subjetividad no sólo en términos individuales sino familiares, rescatando el papel que tiene la familia en la constitución de las tácticas para hacer frente a situaciones de vulnerabilidad, en un contexto de creciente sobrecarga a ésta en términos de dotación de seguridad y protección a sus miembros. Efectivamente, las familias vulnerables manifiestan características particulares que no han sido abordadas por las políticas sociales tradicionales, centradas más bien en normar sus relaciones y desarrollo. Más aún cuando es en ellas en las que la política social deposita el

protagonismo en lo que al manejo de la crisis se refiere, al mismo tiempo que la crisis provoca en ellas efectos de tensión e inseguridad.

Es en este contexto donde se sitúa nuestra investigación acerca de familias vulnerables urbanas de la Región Metropolitana en Chile, cuyo objetivo es la producción de conocimiento sobre las acciones realizadas por familias vulnerables, en respuesta a eventos de riesgo, para la evitación o superación de situaciones de pobreza. Asume con ello la necesidad, tanto académica como política, de profundizar en la comprensión multidimensional del fenómeno de la pobreza en Chile, en un escenario de dinamicidad que se manifiesta en el 29,8% de la población nacional en pobreza transitoria.

Inscrita dentro del enfoque de desarrollo y protección social, la investigación considera la importancia de describir la movilización de recursos de las familias cercanas a la situación de pobreza hacia una estructura de oportunidades; sin embargo, particularmente se aboca a un aspecto poco clarificado de tales comportamientos sociales, como lo es el carácter subjetivo que media las acciones cotidianas desplegadas ante el evento de riesgo y que lleva a la movilización de determinados recursos y a la distinción de determinada estructura de oportunidades, sin una lógica únicamente racional. Viene así a cubrir un vacío de conocimiento relativo a los referentes simbólicos y subjetivos que hacen menos predecible el proceder del actor social y que amplían el margen de acción y espacios de libertad en su relación con la estructura de oportunidades.

Por tanto, se propone el estudio de las denominadas mediaciones subjetivas, definidas como la red de significados construidos en la experiencia, a nivel simbólico y relacional (sentidos, expectativas, creencias, motivaciones y valores) en función de la cual se movilizan ciertos recursos, se distinguen ciertas estructuras de oportunidades, se determinan ciertos objetivos y se establecen las relaciones sociales que se ajusten a aquellos que son considerados como comunes. Se cree que estos significados facilitan o dificultan la formación de capacidades para controlar la propia vida, aumentando o disminuyendo la vulnerabilidad y sustentando así los cursos de acción. Cabe señalar que la subjetividad es considerada no sólo en términos individuales sino familiares, rescatando la centralidad que adquiere la familia como grupo objetivo de las políticas sociales en Chile y atendiendo la necesidad de contrarrestar la proliferación de estereotipos sobre las condiciones subjetivas de las familias vulnerables. Con ello busca contribuir a una visión más integral que permita comprender factores determinantes de sus acciones y los modos invisibles de ajuste a sus circunstancias.

En consecuencia, el propósito de este estudio es reconstruir las tácticas de familias que se enfrentan a situaciones de riesgo, considerando los significados que sustentan la movilización cotidiana de los recursos activos y pasivos con los que cuentan, en su relación con la estructura de oportunidades percibida como disponible por los miembros de la familia. En específico, busca reconstruir la secuencia de acciones llevadas a cabo por miembros de familias vulnerables, ante un evento de riesgo, indagando en ellas las mediaciones subjetivas explícitas e implícitas, la participación de los distintos miembros de la familia, los procesos familiares e individuales de toma de decisiones y los efectos de las tácticas en su estructura, vulnerabilidad y calidad de vida. Todo ello según el reporte de jefes de hogar y al menos dos miembros de la familia que no cumplen la función anterior.

El objeto de estudio fue abordado en familias que se encuentran en el quintil II y III, pues son éstas las que muestran un mayor riesgo a caer bajo la línea de la pobreza ante eventos inesperados, de manera de hacer visibles las dinámicas internas y heterogéneas de las familias. Para cumplir con los objetivos señalados, se utilizó metodología cualitativa con

técnicas complementarias, entrevistando a 48 miembros de familias y 24 jefes de hogar a través de la técnica de entrevista episódica, y realizando 4 grupos de discusión, dos para cada componente familiar complementario al/la jefe/a de hogar (cónyugue u otro adulto significativo e hijos/as). El muestreo utilizado fue cualitativo con definición a priori de la muestra, considerando criterios como el ciclo vital, la composición familiar y la concentración de servicios (estructura de oportunidades) en las comunas en que se habita, entre otros. La información obtenida fue analizada descriptivamente desde la Teoría Empíricamente Fundamentada y, en una segunda fase se realizará análisis de proceso para la reconstrucción diacrónica de las tácticas.

El aporte que pretende este estudio se ubica, por una parte, a nivel conceptual, puesto que contribuye a la definición de una vulnerabilidad mas contextualizada y al conocimiento de una dimensión de la pobreza (la subjetiva) que es frecuentemente considerada como características emocionales o cognitivas en términos individuales. Por otra, se ubica a nivel político, al proponer orientaciones que permitan una mejor vinculación entre los recursos familiares y la estructura de oportunidades disponible, la construcción de criterios de focalización y la asistencia en la generación de las relaciones externas de las familias vulnerables. Operativamente, el proyecto ofrece a las políticas públicas de protección social un conjunto de propuestas y puntos de discusión expresados en un documento, a partir de los resultados obtenidos.

En el estudio se plantea que, además de la información que el sujeto tenga disponible respecto a los recursos y la estructura de oportunidades (dadas a partir del estado, mercado y sociedad), inciden en las diversas acciones- individuales y colectivas – desplegadas para hacer frente a las situaciones de vulnerabilidad, una multiplicidad de elementos (motivos, creencias, valores, expectativas y sentidos) que hemos denominado mediaciones subjetivas y que hacen de bisagra entre la estructura de oportunidades y las acciones desplegadas por los sujetos. Con ello, el estudio supone que las esperadas articulaciones entre recursos familiares y estructura de oportunidades están mediadas por los sentidos que los sujetos construyen en torno a ambos elementos, al mismo tiempo que recursos y estructura de oportunidades se articulan en la relación que el sujeto establece con ellos.

Lo que presentaremos hoy se centra en algunos hallazgos del estudio, centrándonos en: a) el análisis de los discursos que dan cuenta de distintas experiencias de vulnerabilidad y noción de riesgos; b) reflexiones sobre procesos de subjetivación, en el marco de experiencias de enfrentamiento de crisis económicas.

II. Sociedad del Riesgo y Vulnerabilidad

a. Antecedentes conceptuales.

El problema de la integración social y los procesos de modernización han sido las temáticas centrales de los debates políticos actuales. Las principales características de la sociedad moderna son los signos de inseguridad, incertidumbre y desprotección que se manifiestan en las esferas macro y micro económicas, ambiental, social y cultural (Ramos, 2000), lo cual se relaciona estrechamente con fenómenos como la globalización, la diferenciación institucional, la revolución tecnológica y la aplicación de la reflexividad en todos los campos de la vida humana (PNUD, 1998). Para entender estos cambios, Beck (1998) habla de la “sociedad del riesgo”, fase del desarrollo de la modernidad donde esta

misma produce ciertos peligros que se traducen en catástrofes sociales, cuyo daño se escapa a la capacidad de las instituciones para controlarlo y proteger a la población de sus impactos. En este sentido, se constata que los sistemas normativos establecidos en la sociedad industrial no cumplen con las exigencias actuales, y la sociedad que emerge lo hace inmersa en un sistema de normas que fracasan en su función de otorgar seguridad a la población. Para Beck (1998), la sociedad del riesgo surge cuando los peligros decididos en el sistema y producidos socialmente sobrepasan los límites de la seguridad o protección ante el progreso incontrolable. El impacto inmediato de estos riesgos se relaciona directamente con la exclusión social, y con el concepto de vulnerabilidad, el cual a su vez se relaciona con el de pobreza.

Otro de los autores que ha reconocido con mayor agudeza esta condición dialéctica de progreso y riesgo es Anthony Giddens (1997a, 1997b, 1997c), quien considera que la incertidumbre predominante en la sociedad contemporánea es producto de la capacidad ampliada de reflexión respecto de todas las conductas, individuales y colectivas. Como parte de un proceso continuo de revisión del mundo, las prácticas sociales se examinan y reformulan constantemente a la luz de la nueva información disponible; dicha revisión destruye certezas previas, amenaza instituciones y mecanismos históricos de protección y, por sobre todo, introduce un signo de interrogación permanente sobre el futuro. En suma, el riesgo actual es “fabricado”, pues depende cada vez menos de contingencias naturales y cada vez más de intervenciones sociales y culturales, que en algunos casos gatillan desastres “naturales” (CEPAL, 2002). La expresión más radical de este riesgo “fabricado” es la institucionalización del cambio vertiginoso como modo de producir y de vivir de los individuos, hogares, organizaciones y comunidades. En un contexto en el que cotidianamente hay que tomar opciones, el futuro es altamente incierto y todos los actores aparecen, en principio, como pasibles de daños, es decir, vulnerables.

Ante esta situación, se levantan distintas teorías que buscan comprender y orientar el enfrentamiento del riesgo. El enfoque de manejo del riesgo social es una de ellas. Propuesto por Holzman y Jorgensen (2003), plantea que todas las personas, hogares y comunidades son vulnerables a múltiples riesgos de diferentes orígenes, de carácter impredecible, que afectan directamente su calidad de vida, profundizando su pobreza y que, no obstante, cuentan con recursos (activos y pasivos) que les permitirían responder con acciones y prácticas para manejar tales riesgos, superando su situación o evitando caer en mayor vulnerabilidad. Según los autores, los pobres, o quienes se encuentran cercanos a la situación de pobreza, habitualmente están más expuestos a impactos inesperados y, al mismo tiempo, tienen menos recursos para su manejo.

En el contexto de nuestro país, la definición de quienes están o no dentro de la población denominada “en situación de pobreza” o “vulnerable” depende, principalmente, de una categorización económica sobre la base de variables de ingreso; lo cual no es suficiente para comprender la complejidad y multidimensionalidad de este fenómeno, por lo que es necesario alejarse del enfoque que sitúa a la pobreza en el déficit y la carencia, y reflexionar en torno a ésta desde enfoques que la definen como la no realización de las habilidades y capacidades de las personas en determinados contextos (Sen, 1999). En este sentido, la realización es la base del bienestar o del “vivir bien”, es decir, con un mínimo de capacidades aseguradas en su desarrollo (Nussbaum & Sen, 1996). Así, la pobreza puede ser identificada en insatisfacciones no resolubles monetariamente, es decir, se puede ser pobre aún cuando el ingreso *per cápita* sea mayor a \$43.712³. Ahora, desde el enfoque de vulnerabilidad social, se puede explicar y analizar este carácter dinámico de la pobreza. Al momento de hablar de vulnerabilidad social

nos remitiremos al concepto levantado por Moser (1998), quien la entiende como aquella inseguridad del bienestar de los individuos, los hogares o las comunidades ante un medioambiente cambiante; ya sean cambios ecológicos, económicos, sociales y/o políticos. Además de identificar la amenaza, desde este análisis se identifica también la capacidad de adaptación en relación al aprovechamiento de recursos, mirados desde el concepto de estructura de oportunidades (probabilidades de acceso a bienes, servicios o desempeño de actividades: estado, mercado y sociedad) y activos (grados variables de posesión, control e influencia que los individuos tienen sobre los recursos y las diversas estrategias que desarrollan para movilizarlos).

Complementando lo anterior, desde Busso (2001), el concepto de vulnerabilidad se entiende como un proceso multidimensional que confluye en el riesgo o probabilidad del individuo, hogar o comunidad de ser herido, lesionado o dañado ante cambios o permanencia de situaciones externas y/o internas. La vulnerabilidad social en este caso se expresa de distintas formas, como fragilidad e indefensión ante cambios originados en el entorno, como desamparo institucional desde el Estado que no fortalece ni cuida sistemáticamente a sus ciudadanos, como debilidad interna para afrontar concretamente los cambios necesarios del individuo u hogar para aprovechar el conjunto de oportunidades que se le presenta, como inseguridad permanente que paraliza, incapacita y desmotiva la posibilidad de pensar estrategias y actuar a futuro para lograr mejores niveles de bienestar.

En este sentido, la noción de vulnerabilidad tiene un amplio campo de aplicación, no sólo se remite al concepto de pobreza, sino que remite a un estado de los sujetos, hogares, y/o comunidades que varía en relación inversa a su capacidad para controlar las fuerzas que modelan su propio destino, o para contrarrestar sus efectos sobre el bienestar (Kaztman, 1999a). Ahora, si bien este concepto alude a carencias de activos o a su desactualización, no se define únicamente en función de los activos disponibles, sino según su relación con el contexto socioeconómico, representado por las estructuras de oportunidades, que son “probabilidades de acceso a bienes, servicios o actividades que inciden sobre el bienestar del hogar porque le facilitan el uso de recursos propios o le suministran recursos nuevos, útiles para la movilidad e integración social a través de los canales existentes” (Kaztman, 2000, p. 299; cit. en CEPAL, 2002). Por ende, las condiciones de vulnerabilidad se refieren tanto a la disponibilidad de activos como a las probabilidades de acceso que ofrecen el Estado, el mercado y la comunidad.

Dichos planteamientos han sido sumamente esclarecedores en la vinculación del ámbito de los individuos y las familias y su relación con una estructura de oportunidades, en las dinámicas de superación de pobreza y mitigación de la vulnerabilidad; sin embargo, tal enfoque asume que la elección de determinados recursos y el aprovechamiento de oportunidades obedece a consideraciones racionales y conscientes, del tipo cálculo costo/beneficio o recursos disponibles/oportunidades ofrecidas; racionalidad que responde más bien a códigos modernos de individualismo y de la posibilidad de control del entorno a través de la razón. Frente a ello podemos señalar que la movilización de recursos en orientación a determinadas oportunidades presentes en el entorno institucional, no responde sólo al número o tipo de recursos controlados o a las posibilidades de acceso a ciertas oportunidades, sino también a la capacidad de transformar esos activos en ingreso, poder o calidad de vida y, como señala Portes (1999), de la habilidad del individuo de movilizar esos recursos según sus propios intereses.

Integrando las visiones anteriores, el riesgo es entonces un punto central de atención. El enfoque de vulnerabilidad social centra su análisis precisamente en el impacto que episodios traumáticos (crisis socioeconómicas) tienen en personas y familias, provocando inseguridad e indefensión, cuando los recursos que poseen no son suficientes por sí mismos para protegerse del riesgo. El enfoque considera entonces, que individuos, familias y comunidades están expuestos a más riesgos, shocks y estrés mientras más eventos extremos o traumáticos, de tipo socioeconómico, experimenten. Estos eventos podríamos conceptualizarlos como crisis; son estas *experiencias de la crisis*, examinadas desde la vulnerabilidad, las que pasamos a analizar a continuación.

b. Significaciones sociales de Vulnerabilidad y Riesgo desde las mediaciones subjetivas.

Analizando los resultados de nuestra investigación, desde la reflexión guiada por este marco conceptual, podemos manifestar que si bien existen múltiples transformaciones en la vulnerabilidad, calidad de vida y estructura/dinámica familiar de las familias a partir de la crisis socioeconómica, las cuales son reconocidas y relatadas por ellos a un nivel plenamente conciente y reflexionado; el concepto de vulnerabilidad aparece sólo implícitamente en los discursos, el sujeto no tiene una definición de su vulnerabilidad social, ni una posición clara al respecto, a pesar de que esta idea es un referente desde el cual el sujeto significa y simboliza su accionar.

Respecto del efecto en la vulnerabilidad en los sujetos entrevistados, es interesante el rescate de las nociones de zonas de vulnerabilidad y trayectorias de vulnerabilidad de Castel (1995), entendiendo por las primeras zonas intermedias, inestables, que conjugan la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes de proximidad. Las familias ubicadas en esta situación, vivencian de diversas maneras dicho estado:

“Todo eso se me vino encima poh, mi jefe no tenía problema poh, por que el es profesional, tonces por último trabajaba pa otro lado si es que pasaba eso poh o el tiene dinero como pa pagar abogado, puede pagar un abogado, dos abogados, listo, pero yo no, mi situación mía no, no me da pa pagar abogado, tonces por eso yo... temiendo de que, de volver otra vez a que... a una situación de vivir con el mínimo, mínimo o vivir de mi hijo o no sé poh, tendría yo que vivir de ellos poh, je, tonces la economía iba a ser mucho menos poh, sí... tonces yo pensé y yo uhhh, una persona cesante y a esta edad, es lo último ya poh, cesante y viejo ya, no le dan trabajo en ninguna parte ya poh, claro, mi sueldo son quinientos mil pesos y a donde me iban a pagar eso, ninguna parte, con horas extraordinarias, llego hasta seiscientos en el verano, por que trabajo, en el verano trabajo sábados y domingos, si... Y eso va a bajar cuando jubile, también ahí me voy a tener que acostumbrarme a vivir con el sueldo que va a venir también poh, en tres años más, por que ya no voy a ganar lo mismo, un jubilado no gana lo mismo...” (Papá Jefe de Hogar, San Bernardo, EXXVIII, P.182)

“E2: ¿Y en ese momento tuvo que empezar a ajustar el presupuesto de la casa?”

S: Claro, justo en ese tiempo pasó la tragedia allá en el sur y como a los 8 meses después estábamos trabajando bien y llega la crisis financiera entonces todas esas cosas influyen en uno, y bajaron el sueldo, y ahí había que

apretarse más todavía, entonces todas cosas influyen en uno.” (Cónyuge Jefa de Hogar, La Pintana, EVIII, P. 115)

En términos de trayectorias de vulnerabilidad, Castel (1995) sostiene que los sujetos establecen un recorrido diverso y accidentado de vulnerabilidades, el cual, más que homogéneo y plano, resulta altamente variable, por lo que es importante cartografiar sus rupturas y continuidades; su metamorfosis. Con este término Castel trata de poner la atención en sus principales cristalizaciones. Las familias entrevistadas dan cuenta de un proceso constante y recurrente de crisis, que –de alguna manera- los hace naturalizar la situación socioeconómica que han vivido en el último tiempo, como un acontecimiento más que se suma a una trayectoria propia de su situación y posición social. Las crisis en general y el evento particular a partir del cual reflexionan en las entrevistas realizadas, evidencian en ese lapso de tiempo, su situación estructural de vulnerabilidad. La crisis así es significada como una más de una trayectoria específica y particular –pero conocida- de riesgo permanente. De este modo, la vulnerabilidad se transforma en un modo de vida, que implica la convivencia permanente con el riesgo y la incertidumbre. Ello implica la dificultad a veces para los entrevistados de reconocer cuál es la situación más riesgosa que han vivido en los últimos dos años, en la medida que se da una acumulación de crisis permanentes y que éstas se transforman finalmente en experiencias cotidianas:

“E. Ya. Y de aquí a dos años atrás ¿Usted recuerda alguna situación de crisis económica más fuerte que la que viven siempre?

S: Bueno el desempleo de todos mis hijos no más que han estado desempleados.

E. O sea tal vez usted no podría identificar una crisis económica, sino que varias.

S: Varias, claro. Claro, porque ellos aportan de lo que ganan, que, igual ganan poco, pero igual aportan a la casa. Que ahí se ha ido manteniendo ya, por ser atrasos de luz, de agua, esas cosas. Se ha ido manteniendo atrasos y, que hay que estar haciendo convenios para poder cancelar, para que no nos corten el agua la luz”. (Jefa de hogar, La Pintana, P.185-190)

Otra característica de las vulnerabilidades observadas en las familias entrevistadas, es la rapidez e impredecibilidad con la que distintos factores impactan a estas familias, propagándose rápidamente la crisis y cayendo inmediatamente en situación de pobreza. Además, la presencia de riesgos inminentes o “nuevos riesgos”, de nuevas amenazas a la forma de vida y al lugar en la estructura social, obligan a las familias a mantener ciertas estrategias de sobrevivencia y a levantar nuevas tácticas. De este modo, las familias viven una constante sensación de inestabilidad. Dicha incertidumbre, asimismo, se aborda y vive de manera angustiada, en la medida que pone en juego de manera permanente lo poco que se tiene. Esto impacta a nivel de afectividad, impregnando en el sujeto sentimientos de inutilidad, vergüenza, denigración (cuando se pierde la identidad como proveedor, por ejemplo), tensión, irritabilidad y desesperación.

“(…) pero que igual estamos en la, el asunto de que viene el fin de mes, estamos todos tiritando. Pagar arriendo, pagar agua, pagar luz, que se nos terminó el gas, entonces de repente igual es complicado, pero así salimos adelante. Porque hasta el día de hoy yo igual voy a la feria, voy a la feria a vender lo que me queda, que me sale esto, que te voy juntando unos pesos pero igual...” (Jefa de Hogar, San Bernardo, EIV, P. 260)

“Ahora, ni eso. Porque tampoco como, tampoco está con un trabajo estable, no tiene la seguridad de que el mes siguiente va a estar trabajando para poder pagar la cuenta.” (Hija Jefa de Hogar, La Granja, EXII, P. 67)

“P: ¿Y a ti por qué te daba vergüenza, o sea por qué aceptabas de repente con vergüenza lo que le pasa?, ¿Qué, que te daba vergüenza?”

Participante: Ver que yo no tenía plata. Me daba vergüenza que supieran que yo no tenía plata, porque cuando tenía plata, eh, la malgastaba mas que nada en bebidas, helados, postres, entonces como que..., yo sé que mi hermana nunca se iba a burlar de mí, pero era como así como que mi conciencia me decía “guaja, te gastabay la plata en tonteras y ahora no teni ni que comer.”(Jefa de Hogar, San Bernardo, EI, P.334)

En lo que se refiere a la situación de crisis/evento de riesgo identificado por los entrevistados, es posible evidenciar la existencia de dos niveles analíticamente distinguibles. El primero de ellos, que hemos denominado de crisis explícita, hace referencia a la percepción de la crisis vinculada a los eventos que generaron carencia económica y merma de ingresos. Dichos sucesos suelen ser: cese del trabajo (único o complementarios), problemas de salud y gastos médicos, gastos familiares por urgencias y catástrofes, endeudamiento, entre otros. Sin embargo, existe otro nivel, que conceptualizamos como crisis implícita, entendida como aquellas percepciones en torno a los eventos críticos, que no se encuentran reconocidos de manera explícita y directa en un primer nivel del discurso de los entrevistados, que reconocen otros tipos de riesgos que las crisis ponen en juego y en torno a los cuales, los miembros de las familias también despliegan acciones específicas de abordaje (Ugarte, A.M.; Iñigo, I, Ponencia Congreso Psicología, 2010).

En función de los análisis ya desarrollados, esta noción de crisis se vincula fundamentalmente a amenazas que ponen en riesgo la forma de vida y el status familiar (estilo de vida, patrones de consumo, autoidentificaciones como “clase media”), pérdida de identidad (jefe de hogar como proveedor, por ejemplo), destrucción de la dinámica familiar que el hogar tenía hasta ese momento (empeoramiento de las relaciones de pareja, de la relación entre los padres y los hijos, etc.) y condición psicológica y bienestar anímico de los miembros de la familia (preocupación por los efectos psíquicos de los eventos socioeconómicos críticos sobre miembros de la familia, por ejemplo, sobre el jefe de hogar).

Es precisamente en esta dimensión en que es posible observar la importancia que tienen las mediaciones subjetivas en el enfrentamiento de los eventos críticos. A partir del análisis realizado, podemos constatar que las crisis son significadas de modos distintos por los diferentes miembros; así, por ejemplo, mientras para el jefe de hogar en general la crisis más importante es aquella relacionada con el quiebre socioeconómico – “crisis explícita” – para los otros miembros de la familia, tienden a preponderar las de tipo “implícito” (Arteaga, C.; Pérez, S.; Ugarte, A.M.; Iñigo, I, Seminario Taller Avances de Investigación, agosto 2010). Esta situación, evidentemente, genera modos de comprender, significar y enfrentar la crisis de un modo distinto.

“E: ¿Por ejemplo tú te privaste de algo, tu marido?”

S: Eh..., si igual, en mi caso si po, yo, no se po por ejemplo no tenía, en ese tiempo ya a uno se le acaba por ejemplo la tintura del pelo, y tenía el pelo pa la embarrá, así ya casi de dos colores. Eh, de ahí yo tenía que conseguirme

con mi mamá, o dejarme así el pelo..., eh, esas cosas así como bien superficiales me complicó un poco más. El tratar de alargar la plata igual, por que ellos me pedían y yo a veces no podía comprarles, pero a penas llegaba mi marido y salía a comprarles igual. Entonces más que nada, eh, más que nada está..., me complicó más en eso, en que (...?) las tinturas, cosas así. Por que de repente mi mamá igual también me ayudaba. Mi mamá también me ayudaba en eso, si me veía que a veces no, no tenía plata ella me pasaba, llegaba mi marido, si él llegaba con plata se la devolvíamos al tiro. Entonces tanto así, o sea si no hubiese sido por el préstamo habríamos estado malísimo.” (Jefa de Hogar, San Bernardo, EI, P. 286).

Por otra parte, respecto a los impactos en la calidad de vida, los/as entrevistados claramente evidencian efectos de las crisis y las acciones llevadas a cabo por ellos en éste ámbito. Advierten consecuencias en un empeoramiento de los hábitos alimenticios; menor acceso a determinados servicios, como calefacción; merma en consumo de bienes que no son imprescindibles; disminución de la actividad social –entre otros aspectos-. Como señalamos anteriormente, este punto se vuelve especialmente crítico en algunos casos, en la medida que pone en riesgo –implícitamente-, la definición social de las familias, por lo que algunas realizan esfuerzos extraordinarios para mantener la calidad de vida y no evidenciar el impacto de las crisis. En este sentido, las tácticas desplegadas para enfrentar la crisis, pueden aparecer como irracionales, pero razonables (Bourdieu, 1992) en un entorno donde la línea –simbólica que demarca a quienes son pobres de quienes no lo son, es muy frágil y por tanto las tácticas desplegadas para hacer frente a la crisis no sólo tienen que ver con la sobrevivencia y la calidad de vida, sino con la auto y heterodefinición social. En dicho sentido, las tácticas que permiten el manejo del riesgo, pueden ser comprendidas como una forma de poder, subrepticio y disruptivo, de evitar el camino inminente a desmejorar las condiciones de vida y perder el status precariamente mantenido (Arteaga C. y Pérez, S. 2010).

Finalmente es relevante reflexionar acerca del impacto de las tácticas llevadas a cabo frente a la crisis, el que se percibe a partir de las evaluaciones de las mismas realizadas por los miembros de la familia. A partir de éstas, es posible delimitar efectos contradictorios en la construcción subjetiva de la vulnerabilidad que realizan los individuos y que se relaciona con distintas disposiciones construídas a partir del evento de crisis. Ello puede dar paso –o mostrar- procesos de resiliencia frente a las crisis o de negación. Así, mientras en algunos casos los miembros entrevistados realizan una reflexión crítica de la manera en que enfrentaron el evento específico, valorando una serie de aprendizajes individuales y colectivos para el futuro; en otros casos, debido a la preeminencia del sentido de la “inevitabilidad”, se percibe una “ajenidad” de los propios sujetos respecto de su trayectoria, situación que dificulta el aprendizaje para la posterioridad. Existe un grupo importante de los entrevistados que extrae elementos positivos de la crisis, sobre todo en términos de las dinámicas familiares y la unión del grupo frente al riesgo. Empero, otro sector destaca los efectos perjudiciales que ésta tuvo en términos de la dinámica familiar por sobre todas las dimensiones, a partir de las tensiones y conflictos generados.

III. Acerca de la experiencia de la crisis. Posibilidades para la construcción de sujeto².

Los marcos normativos de la sociedad chilena actual son producto de una articulación entre elementos liberales, democráticos y conservadores; con una primacía de la primera orientación. En este marco, cuando hablamos de liberalismo, lejos de entenderlo a partir de su fácil identificación con el mercado, el principio normativo principal de éste se refiere más bien al tipo de sujeto que construye, interpela y por tanto, reconoce como legítimo. Este sujeto es entendido como individuo moralmente autónomo, con fines y derechos que son previos a la sociedad (Dworkin, 1983), los cuales deben ser respetados y promovidos por las diversas esferas institucionales incluidos el mercado. De este modo, el horizonte normativo liberal, más que enaltecer al mercado y sus mecanismos de producción y reproducción, pone el acento en la autonomía privada y la libertad individual.

La validación y legitimidad que actualmente comporta el discurso del emprendimiento, refleja de manera fiel la primacía de los principios liberales en la estructuración de las relaciones entre las personas, la sociedad, el Estado y el mercado en Chile. Las posibilidades de movilidad social están cifradas en el “esfuerzo individual”, dónde la articulación y cooperación con otros sectores, sean desde redes sociales, colectividades hasta el Estado es valorado negativamente. La responsabilidad de la supervivencia y de alcanzar ciertos niveles de bienestar es marcadamente individual y, por tanto, no social.

En concordancia con este diagnóstico, es posible apreciar en las entrevistas realizadas una preponderancia clara de una progresiva individualización de la vida y, por tanto, en el marco de nuestras preocupaciones, una individualización progresiva tanto en la estructuración de sus trayectorias vitales, como, particularmente, en la comprensión y enfrentamiento de las crisis económicas sufridas.

Ahora bien, en la mayoría de estos discursos, la aceptación de los roles que la sociedad les impone, convive con descontentos y críticas; con sensaciones de injusticia y sufrimiento. Lejos de una coherencia en las narraciones, se observan contradicciones, pasos en falso, formas de hacer opuestas, que conviven en tensión. Es decir, existe conflicto.

Esta presencia de contradicciones en los relatos y, por tanto, en la estructuración de la acción, lejos de parecer un fenómeno incomprensible, es lo que caracterizaría, según variadas corrientes teóricas contemporáneas, la experiencia de esta – nueva – modernidad. Autores como Touraine (1994) y Dubet (1994; Dubet y Martuccelli, 1999) defienden la imposibilidad de comprender la acción de los sujetos como efecto de las estructuras: la noción de rol, concepto basal de la sociología clásica, ya no sería suficiente para comprender el comportamiento de los sujetos. El problema de la socialización no será más ni el de la anomia – Durkheim – ni el de la desviación – Parsons –, puesto que emergen con fuerza el de la reflexividad, de la crítica, “de la justificación entre los roles y las motivaciones individuales” (Dubet y Martuccelli, 1999: 64).

La correspondencia entre subjetividad y acción, entre subjetividad y rol ya no tiene la misma fuerza de antaño, en la medida que la cultura y la estructura social se separan. El capitalismo posindustrial y el degradamiento de la razón en simple racionalidad técnica, ha producido la disociación entre cultura y estructura: “la identidad deja de ser la “segunda naturaleza”

² Agradecemos los aportes, diálogos y revisiones de Nicolás Angelcos que han sido fundamentales en esta sección. Más allá de ello, asumimos la responsabilidad completa de los planteamientos desarrollados a continuación.

engendrada por la socialización, [y] se convierte ahora en tensión creciente entre la identidad para otro y la identidad de sí, y es esta distancia la que construye subjetividad” (Ibid.: 65).

En las sociedades contemporáneas, el mundo social aparece como un conjunto de normas, códigos, prácticas de las cuales resulta azaroso derivar principios estructurantes u organizadores; no se trata de que los principios hayan desaparecido, sino que son diversos, muchas veces contradictorios entre sí, no existiendo un principio que, *en última instancia*, determine invariablemente las prácticas. La vida social se presenta más heterogénea, las conductas ya no se explican como consecuencia directa de las estructuras. Lo social se vuelve maleable, los condicionamientos estructurales se difractan, las lógicas de acción se vuelven cada vez más autónomas, los conflictos son más complejos y dispersos.

En este sentido es que, como respuesta a estas transformaciones, se produce un traslado teórico analítico en el marco de la explicación del comportamiento de los individuos, desde la idea de sociedad, sistema o estructura – propia del “modelo cultural industrial” – hacia el individuo, actor y/o sujeto, posicionándolo en el centro. Según Dubet (1994), más allá de sus diferencias, el supuesto o planteamiento basal de la diversidad de las teorías sociológicas contemporáneas – como las de Giddens (1995), Habermas (2003), Bell, (1976), por nombrar algunas – es la disociación de las tres esferas básicas de la sociedad: cultura, economía y sociedad; proceso en el que, cada una de ellas con sus lógicas de funcionamiento particulares, hacen que la experiencia de la heterogeneidad sustituya a aquella de la unidad. La racionalización autonomizó las esferas de la vida social, quebrando así definitivamente la idea de racionalidad.

Estos planteamientos teóricos han posibilitado la consideración del individuo, sujeto, actor, en su particularidad, dando cuenta y a la vez valorizando los espacios de libertad de acción, que no logran ser explicados por condicionamientos estructurales o por el disciplinamiento de instituciones: el individuo y su comportamiento ya no pueden ser explicados – completamente – por el sistema y sus imperativos funcionales, ni por las estructuras e instituciones del mundo social. De esta manera, se han tomado en cuenta las reivindicaciones identitarias en la lucha por la dominación y el reconocimiento social. El estudio de estas luchas que ponen en juego la estructuración de lo social condujo a poner el acento sobre “las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones, y construyen, para cada clase, grupo o medio social, un ser-percibido constitutivo de su identidad” (Chartier, en Jodelet, op.cit.: 46).

Ahora bien, si observamos este problema desde un ámbito propiamente filosófico, el concepto clásico de sujeto moderno ha entrado en una profunda crisis (Honneth, 2009); crisis que recae sobre el postulado basal de la definición de subjetividad de moderna de raíz kantiana: el sujeto transcendental y la representación de la autonomía individual en términos de la teoría de la conciencia. Para Honneth, dos serían los movimientos teóricos³ principales que habrían llevado al cuestionamiento de la idea de sujeto moderna: los descubrimientos de Freud y el desarrollo del psicoanálisis; y la filosofía del lenguaje, con los principales aportes de Sussure y el Wittgenstein tardío. Básicamente, ambas corrientes cuestionan el supuesto de la transparencia total del sujeto respecto a sí mismo – condición que permitiría su autodeterminación, por medio de la identificación y conocimiento de su intencionalidad – por medio de la afirmación de la existencia de fuerzas que operan fuera del sujeto y determinan su actuar: por una parte el inconsciente, como impulsos internos fuera del control de la

³ Nos parece posible agregar una tercera teoría que, nos parece, ha tenido un importante impacto en este marco, a saber, los aportes de Foucault y la centralidad del poder en la constitución subjetiva. Si bien el autor es considerado por Honneth, lo hace de una forma, éste lo hace subordinándolo a un aporte de menor envergadura.

consciencia y, por otra parte, el lenguaje, como entramado de significados intersubjetivo que existe *afuera* y con independencia parcial del sujeto.

Ahora bien, frente este panorama, Honneth nos propone que lejos de abandonar la categoría de sujeto ligada a la idea de autodeterminación, posición que defiende la corriente “post estructuralista”, se mantenga la centralidad de la noción de sujeto que, evidentemente, tendrá que ser revisada a la luz de los nuevos planteamientos teóricos previamente esbozados. Un asunto central a rescatar de la propuesta del autor, para nuestros objetivos, es que este trabajo de reconstrucción de la categoría de sujeto se basa en un proceso de descentramiento de la misma, por medio de la afirmación de una teoría de la intersubjetividad como base de esta nueva noción.

A grandes rasgos, Honneth señala a partir de los planteamientos de Mead que tanto el inconsciente como el lenguaje, lejos de configurarse como barreras para la autodeterminación individual, paradójicamente, se ubican como condiciones de posibilidad de la misma constitución del sujeto. Como sabemos, para Mead la conformación de la persona está condicionada por la posibilidad de objetivar mi posición – tal como lo plantea Hegel -: puedo lograr una identidad consciente sólo si me traslado a la perspectiva excéntrica de otro representado de manera simbólica, desde la cual aprendo a mirarme a mi mismo y mi actuar como participante de la interacción – el “me” -: “el individuo no puede representarse a sí mismo en la conciencia sino en posición de objeto...la conciencia de la realidad que me está dada no se debe a la constitución individual de sentido, sino a la participación activa en un suceso lingüístico superior que no es posible controlar de manera intencional desde ningún punto”(Honneth, 2009: 283). Por otra parte el yo, es aquella instancia de la personalidad humana que es responsable de todas las reacciones de acción impulsivas y creativas sin poder entrar nunca como tal en el horizonte de la conciencia. Son aflujos de pulsiones interiores, de las cuales no se puede saber si se originan en la naturaleza pre social de los impulsos o en la imaginación del sujeto. Es aquí, donde se sitúan las posibilidades de identidad no agotadas – el yo –.

Entre el “yo” y el “me” o entre la conciencia y el inconsciente, existe la personalidad concreta, “una relación rica en tensiones que se parece a la relación entre interlocutores desiguales...de este cambio de flujo inconsciente y realización de vivencias consciente y mediada lingüísticamente, surge en cada individuo la tensión que lo empuja hacia un proceso de individuación; porque éste, para responder a las exigencias afectivamente representadas de su inconsciente, tiene que tratar de extender su margen de acción social con las fuerzas de la conciencia de tal forma que puede representarse de manera intersubjetiva como personalidad singular” (op.cit.: 284). Son dos polos, el inconsciente y el lenguaje cuya tensión produce la obligación de individuación humana.

De este modo, entonces, para convertir los impulsos en entramados de acción creativos y nuevos, en material de decisiones reflexionadas, debo hacerlo en libertad de coacciones, cuestión posibilitada por el entorno subjetivo en dos formas: necesidad de afecto y de sentirse apoyado y seguro de la afectividad de los otros; y además, por el lenguaje, en tanto horizonte intersubjetivo de significado.

Lo que nos interesaba rescatar de estos planteamientos, en primer lugar, es la necesidad, al igual que la sociología, de mantener el concepto de sujeto como noción clave; en segundo lugar, la concepción intersubjetiva del sujeto, como aún cuando es un proceso individual, siempre ocurre gracias a la referencia o relación con un otro; en tercer lugar, que la relación

con este otro no es sólo formal sino también afectiva y moral: la centralidad de las relaciones de reconocimiento en la conformación de las personas como sujetos; y, en cuarto lugar, que la constitución subjetiva ocurre en medio procesos de tensión, conflicto y fuerzas que operan con metas y lógicas distintas.

Bajo este marco, es precisamente el concepto de lógicas de acción el que nos plantea Dubet (op.cit) para comprender el actuar de las personas, lógicas articuladas bajo la noción de experiencia que es entendida como una construcción inacabada de sentido y de identidad, donde se enfrentan constante y simultáneamente lógicas de acción colectiva, agrupadas por el autor en tres tipos: la *estratégica*, la de *integración*, y la de *subjetivación*. Los actores, en sus prácticas tanto individuales como colectivas, intentan articular estas lógicas, de hacerlas coherentes entre sí, y es a través de esta dinámica, frecuentemente inestable, que van constituyendo su subjetividad. Por una parte, la lógica de la estrategia está orientada por el mercado y por tanto, observa a la sociedad como uno o conjunto de ellos. Implica una racionalidad instrumental, un utilitarismo en la acción, orientado a alcanzar los medios más eficientes en cada situación. Bajo esta lógica los actores son rivales, porque quieren optimizar sus intereses y aliados, en la medida que tratan de mantener las condiciones del juego.

Por otra parte, en la lógica de la integración, el actor se define por sus pertenencias – en el sentido de adhesión a una comunidad – y se orienta hacia el mantenimiento o reforzamiento de ellas en el seno de una sociedad considerada como sistema de integración. Para Dubet, la lógica de la integración puede ser entendida en un doble sentido: “se trata, por un lado, de una parte de la integración social, del lugar de cada uno en el seno de un conjunto; se trata por otro lado de una integración cultural, o sea de una interiorización de los principios generales vivenciados como valores, como instancias que dominan a los individuos y los incluyen en conjuntos colectivos” (Dubet y Martuccelli, op.cit:78). En este sentido, una parte importante de la identidad de los individuos está definida por el orden social y la adaptación que ocurre con aquel a partir de los procesos de socialización; es así que Dubet asume los planteamientos de los sociólogos clásicos. La adhesión subjetiva a expectativas sociales dadas por la clase social, la religión, la edad, etc., definen nuestra personalidad, la que es constantemente actualizada a partir de los intercambios y encuentros cotidianos propios de la vida en sociedad.

Ahora bien, tal como hemos venido desarrollando –y, es precisamente el área en la que nos interesa ahondar –, existe un espacio de acción de libertad y autodeterminación, que no se explica como “efecto” del mercado o de la “rol” – entendida como integración – sino que emerge como, precisamente, un distanciamiento de estas dos lógicas: la lógica de la subjetivación. Bajo esta experiencia, el actor se representa como un sujeto crítico confrontado a una sociedad definida como un sistema de producción y de dominación. Así, esta lógica “no aparece más que de manera *indirecta* en la actividad crítica, lo que supone que el actor no es reductible ni a sus roles ni a sus intereses cuando adopta otro punto de vista que aquel de la integración y de la estrategia” (Dubet, op.cit.: 127).

De este modo, los actores no se identifican únicamente con sus intereses – *estrategia* – y pertenencias – *integración* –, sino que se definen también como sujetos, “no a través de un decreto de su libertad, sino porque la vida social propone unas representaciones del sujeto. Significa que ellos se definen también por su creatividad, su autonomía, su libertad, por todo lo que, paradójicamente, se presenta como no-social” (Dubet y Martuccelli, op.cit: 79). En conjunto con lo señalado por Honneth, estas representaciones no son un contenido ontológico previo a la socialización, sino que, por el contrario, son un producto social, por medio de la

relación entre el sujeto y la cultura: "...la cultura propone una imagen de la humanidad "no social", no reducible a las pertenencias y los intereses sociales. La subjetivación de los actores se construye con respecto a la relación y a la distancia con esta representación" (Ibidem.)

En efecto, la construcción cultural del sujeto ha sido definida por mucho tiempo como extraña a lo social, como fuera del mundo; historia de la modernidad, ingreso de las representaciones subjetivas al mundo. Hoy pareciera que la autenticidad es que la define la representación del sujeto, "la capacidad de conducir su vida de una manera autónoma" (Ibid.: 80). Como es posible apreciar, esta lógica de la acción es menos concreta que las dos anteriores; es la experiencia que hace que el yo no sea completamente identificable al yo social, que el actor no sea nunca totalmente reducible al sistema. Ahora bien, tampoco hay que enaltecer en exceso esta imagen del sujeto, puesto que la mayoría del tiempo la representación del sujeto se va construyendo a partir del sufrimiento y la falta, en la distancia que se interpone entre "...esta representación de sujeto y mi propia experiencia" (Dubet y Martuccelli, op.cit.: 81). En este marco, Dubet nos señala un asunto clave en el contexto de nuestra investigación: en una gran cantidad de situaciones, es la experiencia la que se impone al rol, cuando se instala lo que suele interpretarse como crisis; en ellas, "el actor está forzado a articular lógicas de acción diferentes, y esa es la dinámica engendrada por esta actividad que constituye la subjetividad del actor y su reflexividad" (Ibid.: 105).

Es en este sentido que, en el presente apartado, buscamos abordar las diferentes acciones que desarrollan los sujetos en el contexto de situaciones de crisis, por medio de este complejo marco teórico analítico planteado, que entiende la acción como una conjunción de lógicas, en la que, aquella llamada subjetiva es el pilar más importante para constitución de las personas como sujetos y para su autodeterminación como tales. En este sentido, afirmamos, que estos eventos de merma de ingresos, significados por las familias como crisis, se posicionan como espacios privilegiados, no sólo de observación de dinámicas, sino por sobre todo, de instancias que posibilitan el cuestionamiento, la crítica y la apertura de espacios de libertad y cambio social en las sociedades.

a. Experiencia, lógicas de acción y subjetividad en momentos de crisis.

Una cuestión recurrente en las entrevistas analizadas en el estudio, dice relación con la convivencia de lógicas estratégicas, de integración, pero también de sufrimiento y falta, ligada a la lógica de la subjetivación. Como es posible observar en la cita que viene a continuación, encontramos la presencia de una demanda por reconocimiento social – vivenciadas como sufrimiento, articulado con un distanciamiento crítico del rol que le asigna la sociedad, y la estructura de oportunidades asociadas a ese rol.

"Por ejemplo algunas familias podrían decir "somos tira pa' arriba" o "somos unidos"..."

Participante: En ese sentido sí, somos unidos, lo que sí somos unidos y queremos salir adelante, como sea lo vamos a hacer, y lo voy a hacer, no me voy a quedar acá ni loca, porque a mí no me lo va a ganar el país, yo siempre he dicho.

P: ¿El país?

Participante: El país no me la va a ganar. Uno tiene que luchar mucho para salir adelante aquí, y tienes que golpear puertas...

P: *¿Aquí en Chile?*

Participante: Si, y a veces, el país te cierra las puertas. A mí me las cerró varias veces las puertas, como en las demandas que les puse a mi esposo, por esta cuestión familiar, de pensión alimenticia, varios años en esa cuestión y nunca hubo solución, nunca lo atraparon, nunca dijeron... o sea a mí me cerraron las puertas en ese sentido. Después otra, fui otra vez, y me estaban pidiendo plata pa' que hicieran algo, imagínese, la corrupción grande que hay aquí en este país, y después "sabe qué mamá, le digo una cosa, no hago ni una lesera más", le dije.

(Fabiola, Independencia, hija jefa de hogar, soltera, familia monoparental, etapa consolidación – hijos sobre 18 años –)

Lo que observamos en este relato, es la presencia de un sufrimiento que conlleva un nivel crítica y distanciamiento, pero que no logra ser articulado y objetivado de tal forma que se configure en un accionar autónomo, que se constituya en un proceso de subjetivación en el que la persona tenga la capacidad de auto determinarse, de crear un modo *diferente* de enfrentar la situación. Es en Touraine donde queda suficientemente claro que ser "*sujeto es la conciencia del deseo, del esfuerzo del individuo por ser un actor, por vivir su vida* (Touraine, y Khosrokhavar, 2002: 103). Ahora bien, es preciso señalar que esta lógica opera bajo condiciones bastante complejas, lo que hace de la subjetivación un proceso difícil de clarificar, y de apariencia más bien ambigua; en la medida que debemos asumir que es en las orientaciones normativas dominantes de una sociedad donde los sujetos se realizan o toman parte de su identidad de la que no se desprenden, puesto que forma parte de su formación: el asunto es como se articula y establece relaciones de dominación y subordinación entre la subjetivación y otras lógicas de acción.

Del mismo modo, en otros relatos es posible observar la presencia de descontentos ligados a experiencias de injusticia, que presentan de forma más nítida un proceso de toma de autoría de la propia vida y su devenir. En este caso, se encuentra implicada una noción de derecho: una experiencia de falta reconocimiento – en ámbito del derecho nos dirá Honneth –, una crítica la sociedad, que va articulada con una demanda y con una *forma de hacer* diferente. En este sentido, esta sensación de injusticia ha logrado mayores grados de reflexión, posibilitando la estructuración de una acción.

“¿Haz recurrido a otras instancias, a otras personas, instituciones fuera de la familia?

Participante: Mire, yo fui, primero que nada anduve indagando por un seguro de cesantía ¿ya? Según la Municipalidad nosotros no teníamos derecho a na, hasta el sueldo de Abril y nada más ¿ya? Yo fui a la AFP y a la administradora de fondo de cesantía que hay en las AFP y me dijeron que yo no tenía derecho porque era empleada pública y que a los públicos no se les cotiza para seguro de cesantía ¿ya?. Fui a la caja de compensación y en la caja de compensación me dijeron que no, que ellos no otorgaban seguro de cesantía a nosotros, a los públicos ¿ya? Entonces yo dije pero como no voy a tener derecho a ninguna cosa por ningún lado. Yo he ido a todas esas partes le dije yo y en ninguna parte tengo derecho; yo tengo que tener algún derecho a cesantía. No me dijo, aquí jamás hemos pagado, aquí no se paga subsidio de

cesantía. Fui a la contraloría me atendieron muy bien, me pasaron a un abogado, hable con el abogado y el abogado me dijo no, me dijo usted tiene derecho a un subsidio de cesantía que es por un año, es renovable cada tres meses, y es la mitad del sueldo... del mínimo.”

(Olga, La Granja, Jefa de Hogar, 54 años, Soltera, Familia Monoparental, Hijos sobre 18 años, etapa de consolidación)

Ahora bien, cuando esta crítica y distanciamiento de la imposición de roles asignados logra identificarse en contra de las orientaciones culturales dominantes, y por lo tanto, le permite generar una autodefinición cultural. En este sentido es que Touraine articula los procesos de subjetivación con la forma de acción de los movimientos sociales. Para él, “la lucha por el sujeto no puede sino, identificarse con la lucha contra las orientaciones culturales dominantes en el seno de las sociedades, que definen el sistema de roles y, por tanto fijan una identidad no pretendida del sujeto. Los movimientos sociales en su lucha son eventualmente los únicos capaces de identificar esas orientaciones culturales hegemónicas con un adversario social que las promueve y defiende; es, por ello que los sujetos sólo existirían como movimientos sociales que luchan por apropiarse de dichas orientaciones” (Angelcos, 2008: 19).

“E: ¿Y esa era casa propia?

Participante: eh si po, entonces nosotros vivíamos, como otro, otra forma de vida, no te puedo decir otro mundo porque el mundo es mismo, pero es otra forma de vida, mucha gente dice no yo vivía en otro mundo, no si otro mundo no hay

E: ¿y esa casa está a tu nombre?

Participante: si

E: ¿pero tú no has hecho nada, para poder?

Participante: no si esa casa, yo la tengo toda al día ahora, hicieron unas cosas y no sé si tú te acuerdas que era del banco estado ellos que estaba haciendo de, de los deudores habitacionales, los que se pusieron en el rio Mapocho y a nosotros nos bajaron po, yo pagaba casi 80 mil pesos de dividendo

E: ¿Y gracias a esas protestas tu...?

Participante: claro ahora ya, yo pago 23-34 mil pesos

E: tay bien

Participante: ahora toy bien po”

(Edith, La Pintana, Jefa de hogar, 35 años, escolaridad incompleta, monoparental, iniciación – hijos menores de 13 años)

Es en este sentido que si bien que los procesos de subjetivación pueden desarrollarse en cualquier persona, éste no siempre se lleva acabo. De allí se desprende la centralidad que para Touraine (1994) tiene la noción de actor; su preocupación está centrada en cómo un individuo se constituye en actor, tomando las riendas de su propia vida.

“Participante: por eso, yo te digo que ya estos dos años ya han sido diferentes

E: ¿y participaste en las protestas?

Participante: si po yo participe, pero no en mucho pero participe en algunas cosas

E: pero estabas de acuerdo con las demandas y con las formas de...

Participante: y ahí sabes lo que paso que fue bueno, ahí no fueron dos ni tres, fueron hartos los que fueron beneficiados, fueron hartos fueron harta gente los que fueron beneficiados

E: ¿tú crees que las oportunidades son para la gente pobre, pobre, pobre?

Participante: pero que saca tú con ah, mira, te digo, yo lo he aprendido, que de una palo cuando esta torcido, ya no se vuelve a enderezar, podí darle apoyo está bien para que ellos coman que sobrevivan, pero cuando te veí gente que realmente tiene la capacidad, como para que, quieran salir adelante, quieren progresar y que están dando todo de su parte para poder salir adelante y que no te apoyen, es como tirado de las mechas porque hay gente que realmente lo necesita y eso el gobierno lo está haciendo, me entendí, entonces mira yo podría hacer muchas cosas, yo podría ir a hablar, decir pucha, uta hacer cartas, hacer un montón de cosas, mira yo fui como la que inicié la esta que hicieron allá de las casas, porque yo decía como vamos a estar pagando tanto, un dividendo tan alto si esas casa está bien si eran de un gran valor, pero estaban cobrando como un valor como muy elevado po 85 mil pesos y había gente que no era como pa pagar eso, me entendí entonces, ahí empezaron con eso, yo pa las reuniones, de repente cuando iban al banco, al banco que estaba ahí en la alameda, íbamos ahí hacíamos todas las cosas, pero que es lo que pasa que yo empecé a ver que había gente capacitada como para seguir po, entonces yo dije, ya que voy a estar parando el dedo yo po, yo tengo que estar ocupándome de mis hijos”

(Edith, La Pintana, Jefa de hogar, 35 años, escolaridad incompleta, monoparental, iniciación – hijos menores de 13 años)

Esta narración nos parece sumamente interesante, en la medida que es posible dar cuenta de la ambigüedad de los procesos de constitución subjetiva; cómo es muy difícil que opere sólo una lógica, sino que convive con otras, contradictorias, pero de alguna forma articuladas. Podríamos decir que aquí se produce al constitución del sujeto en actor, capaz de identificar adversario social, y movilizarse socialmente por medio de metas sociales que forman parte de las orientaciones culturales dominantes – la necesidad de la casa propia, por ejemplo – pero en la que el camino establecido para obtenerla se encuentra en cuestión. Esta puesta en cuestión, desemboca en la generación de un camino nuevo, de un proceso de creación social. Sin embargo, al mismo tiempo, convive con patrones individualistas, convive con los principios de las lógicas estratégica y de integración, en palabras de Dubet.

IV. Conclusiones

A partir del análisis realizado, es posible desprender las potencialidades que tiene, en términos metodológicos, el estudio de experiencias de crisis.

Por una parte, en términos de vulnerabilidad establecimos la importancia de considerar en la comprensión del fenómeno la perspectiva de los sujetos a los que interpela. Como expusimos, los sujetos no se consideran pobres ni vulnerables hasta que viven en constante riesgo, enfrentando cada vez nuevos desafíos en su supervivencia, y de hecho, muchas acciones que levantan para combatir un riesgo, generan nuevas crisis (como pedir un préstamo y después tener que ir pagándolo).

El vivir en constante riesgo les hace mirar su situación como una condición estructural, como algo cotidiano; por lo cual no se movilizan desde la posición contextual de vulnerabilidad. Es en este sentido que nos parece una cuestión clave comprender la vulnerabilidad por medio del concepto de *trayectorias de vulnerabilidad*, noción que resalta el modo en que esta vulnerabilidad se vive cotidianamente, de cómo se aborda de formas diferentes, generando, de esta forma, trayectorias vitales que presentan particularidades importantes. En este sentido la crisis, como apreciamos, no es un hecho aislado sino que son recurrentes dentro de la vida de las personas, transformándose en muchos casos definitivamente como una especie de *modo de vida*.

Por otra parte, desde la preocupación por la constitución de sujeto, ubicamos a la perspectiva de la subjetivación como teoría que nos entrega vías de entrada fecundas para la comprensión de las diferentes acciones que las familias despliegan frente a los eventos críticos, además de analizar la forma en que estas experiencias de crisis, las formas de abordarlas, y las significaciones articuladas impactan en la subjetividad de las personas. En este sentido, es que lejos de una absoluta coherencia y planificación, observamos contradicciones, tensiones, conflicto y creación.

Con respecto a esta última dimensión, que se configura como un elemento clave de la *experiencia de subjetivación*, fue posible evidenciar que es una lógica que existe: no sólo hay comportamientos que responden al mercado y a la integración, sino también existen ejercicios cotidianos de crítica, que en algunas ocasiones logran estructurarse y constituirse en verdaderas alternativas de acción fundadas en principios como la colectividad y asociatividad, que operan en contra de los principios del individualismo que priman en la estructuración de las relaciones sociales en la sociedad chilena actual y, particularmente, en las formas y estrategias que despliegan las familias ante eventos críticos.

Referencias:

Angelcos N. (2008). *Subjetividad y Política. Sobre el rendimiento sociológico de los procesos de subjetivación*. Santiago, Universidad de Chile.

Arteaga, C.; Pérez, S.; Ugarte, A.M.; Iñigo, I. (2010): *Seminario Taller Avances de Investigación*, agosto 2010, texto interno.

Arteaga C. y Pérez, S. (2010). *Tácticas y estrategias en familias vulnerables*, en elaboración.

Atria, R.; Tagle, M. (1979). *Tiempo social y proceso político: notas de método histórico y sociológico*, Estudios Sociales N° 19, p. 85

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós

Bourdieu, P. (1992). Interés, Habitus, Racionalidad. En P. Bourdieu y L. Wacquant, (1992). *Una invitación a la Sociología Reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI (2005).

Bell, D. (1976). *EL Advenimiento de la Sociedad Posindustrial. Un Intento de Prognosis Social*. Madrid, Alianza.

Bourdieu, P. (1992). *Interés, Habitus, Racionalidad*. En P. Bourdieu & L. Wacquant, (1992). *Una invitación a la Sociología Reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI (2005).

Busso, G. (2001). *Vulnerabilidad social: nociones e implicancias de políticas para Latinoamérica a inicios del siglo XXI*. Documento presentado en el Seminario Internacional "Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe" (Santiago de Chile, 20 y 21 de junio), inédito.

Castel, R. (1995). *Les métamorphoses de la question sociale*. Gallimard, París.

CEPAL (2002). *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. División de Población de la CEPAL - Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía.

Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza (1994). *El mundo de los pobres*. Documento para la Reflexión, Agosto.

Dubet, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Francia, Éditions du Seuil.

Dubet, F.; Martuccelli, D. (1999). *En que sociedad vivimos*. Buenos Aires, Losada.

Dworkin, R. (1983) *El liberalismo*. En: Stuart Hampshire, (comp.), *Moral pública y privada*. México, FCE.

Garretón, Manuel Antonio (2010). *Dimensiones políticas del estado social de derecho*. En: Erazo, Pautassi y Santos (editoras), *Exigibilidad y realización de derechos sociales*, LOM, 2010.

Giddens, A (1995). *La Constitución de la Sociedad*. Buenos Aires. Amarrortu.

_____ (1997a), *Afluencia, pobreza y la idea de una sociedad después de la escasez*, Estudios Sociales, N° 93, trimestre 3, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria.

_____ (1997b). *Modernidad e identidad del Yo*, Barcelona, Península.

_____ (1997c). *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

_____ (1998). *La transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra

Habermas, J. (2003). *Teoría de la Acción Comunicativa*. Bogotá, Taurus.

Honneth, A. (2009) *Autonomía Descentrada. Consecuencias de la crítica moderna del sujeto para la filosofía moral*. En: Honneth, A. (2009) “Crítica del Agravio Moral. Patologías de la sociedad contemporánea. Buenos Aires, FCE.

Holzmann & Jorgensen (2003). *Manejo Social del Riesgo: un nuevo marco conceptual para la protección social y más allá*. Revista de la Facultad Nacional de Salud Pública, 21(1): 73-106. Disponible en: <http://guajiros.udea.edu.co/revista/vol21-1/07211.pdf>

Jodelet, D. (2008). *El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales*. Revista Electrónica Cultura y Representación, México DF, año 3, número 5, septiembre 2008. <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num5/>.

Kaztman, R. y otros (1999a). *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay* (LC/MVD/R.180), Montevideo, Oficina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)/Oficina de la CEPAL en Montevideo.

Lechner, Norbert. (1995). *Los patios interiores de la democracia*. México. FCE.

Molyneux, M. (2002). *Gender and the silences of social capital: lessons from Latin America*. Development and Change, vol. 33, N° 2

Moser, C. (1998), *The asset vulnerability framework: reassessing urban poverty reduction strategies*, World Development, vol. 26, N° 1, Londres, Elsevier Science.

Nussbaum, M., Sen, A. (1998), *La calidad de vida*, México D.F.: FCE.

PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) (1998), *Desarrollo humano en Chile 1998: las paradojas de la modernización*, Santiago de Chile.

Portes, A. (1999). *Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la Sociología*. En: Jorge Carpio e Irene Novacovsky (comps.) “De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales”. Buenos Aires: FCE.

Raczynski, D., Serrano, C. y Valle, M. (2002). *Eventos de quiebre de ingresos y mecanismos de protección social. Estudio en hogares de ingreso medio y bajo*. Informe de Asesorías para el Desarrollo para el Banco Mundial. Santiago, Chile.

Ramos, R. (2000), *Prometeo y las flores del mal: el problema del riesgo en la sociología contemporánea*. Perspectivas sociológicas y principio de precaución” (www.proteccioncivil.org/ceise/ceisevirtual/ceisev2000_menu.htm).

Reca, I., Tijoux, M., (1996). *Familias Nucleares Pobres: Vulnerabilidades y Fortalezas*. Documento de la Universidad ARCIS, del Centro de Investigaciones Sociales. Disponible en: bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/chile/arcis/recay.rtf

Sen, A. (1999). *Development as Freedom*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Touraine, Alain. (1994) *Crítica de la Modernidad*. Buenos Aires, FCE.

Touraine, A.; Khosrokhavar, F. (2002). *A la Búsqueda del Sí Mismo*. Buenos Aires, FCE.

Ugarte, A.M.; Iñigo, I.. (2010) *Vulnerabilidad y subjetivación en familias pobres urbanas*. Ponencia Congreso Nacional de Psicología, 2010, Arica, Chile.